

Díez, Ricardo O.

Al final, final... sólo queda la oración

III Jornadas : Diálogos entre Literatura, Estética y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Díez, Ricardo O. "Al final, final... sólo queda la oración." Ponencia presentada en las III Jornadas Diálogos entre Literatura, Estética y Teología: Lenguajes de Dios para el siglo XXI, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2007. [Fecha de consulta]

<<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/una-estetica-del-escudo.pdf>>

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

“Al final, final... sólo queda la oración”

Dr. Ricardo O. Díez

Introducción:

El título de las Jornadas: “Lenguajes de Dios para el siglo XXI” propone dos direcciones insertas en el genitivo: a) el lenguaje en singular de Dios a los hombres, como dice san Agustín, su único Verbo eterno y temporal; b) los lenguajes en plural de los hombres a Dios, los que, como se especifica en la invitación, pueden ser literarios, bíblicos, teológico, musicales, etc. Por estas especificaciones dirigiré mi reflexión a estas palabras dejando aquella rica vía de meditación.

En el ejercicio de la lengua el parlante puede hablar a los hombres de Dios o, con mayor eficacia, a Dios de los hombres. El saber y la oración son posibilidades de la palabra humana sintetizadas en un libro del siglo XI que traeré al XXI. Se trata del *Prosligion* de san Anselmo del que se expondrán las siguientes etapas:

- 1º) La situación del hombre.
- 2º) El itinerario del orante.
- 3º) La revelación y el gozo concomitante.
- 1º) La situación del hombre

Cuando Cristo dice “...vosotros, siendo malos,...”¹ no está haciendo una metáfora literaria o tratando de conmover al auditorio sino manifestando una verdad inconcusa. Una realidad del hombre que imposibilita curar una injusticia cambiando jerarquías de valores, esperando un cambio educativo, aplicando una forma ética o imponiendo el peso de la ley. Nada humano puede quitar el mal que nos habita porque radica en nuestro corazón. La maldad está en nuestro interior y desde ahí surgen las acciones injustas que hacemos y padecemos, obras malas que inundan y quiebran constantemente los

¹ Lc. 11, 13 y Mt. 7,11.

lazos humanos. Mal personal que se extiende como la peste quebrando todos los órdenes que los hombres pretenden construir.

Si esa maldad no proviene de un dios, un caos o una materia preexistente se inicia por una culpa originaria, por una acción que quebró las relaciones del hombre consigo mismo quedando desnudo, con los otros mediante la mutua acusación, con el Creador abriendo distancia y con la tierra en la impaciencia que nos provoca el habitar. Quebraduras que se muestran, como dice M. Zambrano, en las pesadillas de la existencia: el nacimiento, la muerte y la injusticia.² Quiebre que perdura, que no podemos curar porque nos habita y se percibe mejor cuando se inicia el camino hacia la interioridad.

En el itinerario hacia el corazón buscando el maestro interior percibimos la propia miseria. No podemos ir más allá de nuestra mísera condición y hasta la palabra se encuentra contaminada con el hecho de seres condenados camino al cadalso. Si tomamos conciencia de esta situación descubrimos que no podemos, en absoluto, librarnos de ella. Ante tal impotencia, solo podemos suplicar a quien creemos puede quitarnos esta carga y modificar nuestra condición. Pero, ningún hombre puede quitar lo que pone en peligro nuestra vida y la única salida es elevar la súplica al cielo para que lo divino nos libere de esta merecida y terrible situación. La confianza en que alguien puede hacerlo llama a la oración, al creer que Dios puede cambiar nuestra condición le dirigimos, con urgencia, la palabra suplicante.

Frente al mal que nos habita, la oración espera que el Creador de la Vida haga posible lo imposible, que dando respuesta a nuestra súplica tengamos la experiencia de su bondad y podamos saber y decir algo de lo divino.³ Una sabiduría y una palabra que nos informe de una condición diferente y redima nuestra miseria. El camino largo espera que quien tiene derecho sobre la vida perdone al reo y otorgue, sin mérito de nuestra

² Cf. Zambrano M., *La Confesión: Género Literario*, Ed. Siruela, Madrid, 2004, p. 34.

³ Cf "Cognitio Dei experimentalis" dice San Buenaventura. Donde la experiencia es el camino que une fe y razón porque qué otra cosa puede unir o separar estas realidades sino la propia vida.

parte, la posibilidad de vivir. La imposibilidad humana solo puede ser curada por la posibilidad divina. Ninguna acción del hombre sirve para el condenado, salvo el grito desesperado reclamando perdón. La súplica es ese grito, el lenguaje de quien experimenta su maldad e inicia el camino del orante hacia aquel que escuchando modifique la terrible condición. Para decirlo con mayor claridad, no le es posible a ninguna persona ni institución humana, sea religiosa, política, educativa, ética o legal quitar la maldad del corazón de los hombres porque esa es tarea exclusiva de Dios.

En consecuencia, el grito desesperado del orante se convierte en la única acción, en el único recurso que permite esperar que, quien creemos que puede hacerlo, cubra nuestra imposibilidad y done lo que redima nuestra intimidad. Si comprendemos nuestra real situación no hay otro acto que sirva para liberarnos, salvo la suplica, el grito descarnado a quien puede librarnos de la condena. Otras acciones y palabras son incapaces para lograr tal liberación y pueden introducir falsas y engañosas expectativas. Muchas son las ilusiones que puede construir el hombre buscando creerse algo más que un reo pero poco a poco van mostrando su impotencia. Muchos son los ídolos que construimos con materiales diversos ofreciendo a ellos nuestra fragilidad. La edad moderna ha puesto su creencia en que el desarrollo de las potencialidades humana, el endiosamiento del hombre ha producido el despliegue de la razón deseando dar solución a las impotencias de la vida. La obra humana continúa la miseria y la maldad de su autor engendrando una mentira, que pasa desapercibida al hombre de hoy, y por la que se pretende fundar toda acción en la autosuficiencia del yo puedo.⁴

2º) El itinerario del orante.

La oración es un camino motivado por una negatividad y una positividad. Es negativa la percepción de la desesperante condición humana, es positiva la espera que, en el

⁴ Cf. M. Henry, *C'est Moi La Vérité*, Seuil, Paris, 1996.

grito desesperado, guarda el anhelo de conmover el corazón de aquel que puede liberarnos de nuestra situación. Palabras que, para hacer efectiva la súplica, requieren nombrar a quien se dirige porque llamándolo se espera que escuche, atienda y se apiade. Suplicar es una acción esencialmente dialógica.

En el camino hacia el interlocutor divino, el orante grita en primer lugar: “Tu eres aquel que nada mayor puede pensarse”. Invocación que por ser lenguaje requiere ser interpretada y dirigir la mirada hacia donde las palabras señalan. Por un lado se puede interpretar que lo dicho manifiesta un ser que es en el pensamiento y en la realidad porque si fuese solo en uno de esos ámbitos sería necesariamente menor. Por otro, contemplar lo que indica aquella denominación impone comprender que las cosas son y no son, es decir, que todo ser finito tiene en sí su propia limitación. Entendemos también que hay cosas que son más que otras en ordenación jerárquica. Ahora bien, si seguimos el orden comparativo de las negaciones arribamos a un no ser sin ser que llamamos nada, si seguimos la dirección del ser percibimos un *esse* del que no podemos pensar ninguna limitación. Un ser sin no ser es el *esse* máximo que indican las palabras del primer nombre con que el orante trata de nombrar a lo divino para que la súplica tenga eficacia.

Pero a ese ser le falta contenido y otro nombre busca el orante tratando de elevar sus palabras. En este caso se dirige a Dios como “sumo de todas las cosas”. El Hacedor de la Vida es Suma sensibilidad aunque no tiene cuerpo. Razón por la que al no poseer sentidos corpóreos puede conocer las cosas con suma sabiduría porque su sentir no limita su saber. Es omnipotente entendiendo que puede lo que quiere y que nada puede contra Él. Toda relación de poder se realiza siempre entre dos, dejando percibir la potencia de uno y la impotencia del otro. Es suma misericordia no porque esté afectado su corazón por la miseria sino porque ese es su modo de relación con las criaturas. Es suma justicia porque su obrar misericordioso proviene de su querer que solo puede ser justo.

Río de misericordia que surge de su voluntad porque todo lo que se diga de Dios es una misma cosa. El hombre distingue eternidad, justicia, misericordia, unidad pero en lo divino estos atributos son uno y lo mismo porque su ser no tiene partes ni división. Estos contenidos dados por el hombre son intentos racionales para comprender su misterio. Ser que se oculta tras cada palabra, que hace imposible el acceso porque el intelecto humano necesariamente divide, trata el hombre de comprender el entendimiento, la voluntad y las obras divina, pero no puede en absoluto acceder a Dios.

Las tareas de la filosofía y de la teología nacen de la situación existencial del orante. Estos saberes deben comprender al menos dos cosas: a) sus palabras dicen más lo que no es que lo que es y lo sabido no aplaca el deseo ni el sentimiento hacia lo divino. El saber no siente y lo que quiere el orante es una presencia viva que dista mucho de la palabra muerta porque anhela la relación vital con el Creador de la vida. Relación con el único que puede otorgar perdón y permitir seguir viviendo; b) deben reconocer que Dios es mayor que lo que puede pensarse.

Si lo divino excede todo lo que puede hacer el pensamiento, este reconocimiento engendra un grito que asume el lenguaje negativo. En esta negatividad la palabra humana desea alcanzar lo incomprensible. Si el pensar solo puede avanzar distinguiendo y separando nada comprende de lo que es sin ninguna división. Si el pensamiento entiende solo lo limitado no puede saber acerca de lo que no termina. Si la palabra discurre en el tiempo y en el espacio nada puede decir de lo que excede esas criaturas. En síntesis, el lenguaje afirmativo o negativo está imposibilitado de expresar a Dios porque lo finito habita distante de la *indivisibilem unitatem* y de la *interminabilem immensitatem*.

En síntesis, la oración que busca por medio del pensamiento expresar algo de lo divino solo puede percibir, como toda obra humana, su fracaso.

3º) La revelación y el gozo concomitante.

Ante el fracaso que impide franquear lo infranqueable la oración grita con mayor fuerza. En este contexto el libro se quiebra buscando mostrar la experiencia. La Quebradura introduce otra palabra, la divina que se revela como respuesta a la súplica. El que es uno y trino invita a participar de su vida a quien lo busca. Recepción que inunda de gozo porque el orante experimenta que la condena ha sido redimida, que la maldad ha sido perdonada y que a quien iba camino al cadalso se le permite vivir.

El último paso cambia la dirección de la Palabra. La súplica del orante ante su fracaso hace silencio y escucha. Se dona entonces la revelación divina como una experiencia personal que otorga sentido a las Escrituras y prueba la verdad que engendra esta promesa: “pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea pleno”.

Las tres partes de esta frase sintetizan el camino del orante:

- a) El pedido suplicante del que se sabe en peligro de muerte inicia el movimiento. Si el hombre no se percibe caminando hacia el cadalso podrá ilusionarse con el progreso religioso, artísticos, ético, educativo, científico o con la aplicación de la ley, pero nunca elevará su voz pidiendo que lo salven. Estas ilusiones son sueños que se descubrirán inútiles con el desvelarse que produce la crisis contemporánea. Ensoñaciones que constantemente desilusionan y muestran los fracasos humanos y, en ellos, el de su palabra hasta que se oriente a pedir a Dios que haga posible lo imposible.
- b) El segundo verbo promete al que busca encontrar, al que llama ser atendido. Movimientos de quien cree que esa palabra es promesa y, por esa creencia, iniciar el camino del orante. Pero toda expresión requiere de quien la pronuncia y la confianza se desplaza de lo escuchado al interlocutor que hizo el anuncio. Confiar en esa frase es confiar en quien la dijo y en su experiencia vital. En su vida se anuncia el fracaso de la obra y desde esa debilidad la redención del hombre. Si ese es el camino elegido, la oración debe dejarse orientar por el deseo vital y no cesar hasta no ser respondida. La respuesta no

depende en absoluto del hombre sino de Dios, de aquel Verbo eterno y temporal que Agustín señala. Palabra que promete y enseña con su ejemplo viviente que el que pide recibe y por tal recepción se llena de gozo.

c) Lo recibido se goza porque la respuesta proviene de un encuentro. Encuentro que no viene de ninguna obra humana y que responde a la súplica porque ésta ha sido escuchada y llama al hombre a vivir, a compartir la vida divina. Más aún, somos vivientes de esa Vida que se dona desde siempre en cada uno. Don que al percibirse inunda de gozo porque la condición humana ha sido redimida y el hombre ha sido salvado. ¿Qué otra cosa puede ser mayor motivo de gozo que ser perdonado de la condena e invitado a participar de la vida de quien tiene el poder sobre el mismo vivir? Esperanza que no puede compararse a las ilusiones creadas por el hombre porque se funda en la experiencia de una donación divina. Esperanza diferente a la inutilidad de creer que un ser malo o su obra puede acabar con la maldad.

Conclusión

“Al final, final... solo queda la oración”. Frente a las exigencias de la vida la única palabra eficaz es la del orante que sabiendo de su condición pide que se le done lo que falta para vivir con esperanza las pesadillas de la existencia. Solo por una donación de lo alto se puede volver a nacer haciendo del nacimiento biológico una nueva vida que edifique al viviente en su intimidad. Solo por un don divino se puede quitar el peso de la injusticia encontrando sentido a la pasión de quien pronunció la frase que anuncia la promesa y el per-dón que deja de engendrar violencia tras violencia para ofrecer la carne en manifestación de paz. La compasión y la condolencia son en este aspecto motivos de fraternidad. Fraternidad que comparte la sangre de una paternidad divina por la que se engendran los hermanos. Vínculo fraterno que funda y otorga mayor eficacia a la súplica porque varios que se encuentran en una misma condición pueden gritar con más

fuerza. Situación viviente donde que lo que se hace por el hermano incrementa la oración de los involucrados en la urgencia de recibir respuesta. Finalmente, solo por una donación de lo alto la muerte adquiere experiencia de resurrección.

Las pesadillas del existir exceden las ilusiones humanas que necesariamente llevan al fracaso. Solo resta poder pedir al Creador de la Vida que perdone nuestra condena y muestre su rostro para que tal revelación nos inunde de alegría. “Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea pleno” es la promesa que debe movernos a la acción. Pedido suplicante hasta que se presente aquello que responde a nuestra súplica y comprendamos algo que nos llene de gozo. Para compartir la alegría de esa recepción fue escrito el *Proslogion* de san Anselmo. Libro que invita a “hacer la experiencia” personal del pedido para que se nos done la recepción que posibilita gozar el encuentro.

“*Hacer la experiencia*”, no porque nosotros la hagamos sino, como dice Heidegger, “*que algo nos acaece, nos alcanza; que se apodera de nosotros, que nos tumba y nos transforma*”.⁵ Experiencia de Dios que no depende del hombre y que debemos probar para saber que la promesa se cumple y es verdad. Prueba de fe que cree en las palabras y confía en quien las ha pronunciado porque su vida da testimonio de lo anunciado.

Experiencia íntima que se descubre en el corazón, que nadie percibe en la realidad del mundo porque es invisible a las cosas mundanas. Verbo creador que enseña a través de las tonalidades afectivas de la vida. Vida que es donación constante en el viviente, don único que le permite ser lo que es y le enseña en el corazón que el vivir es un siempre re-nacer de nuevo, re-sucitar a lo eterno y ser re-creado en la injusticia y la violencia. Movimientos donados por la vida a cada uno en su enseñanza cotidiana, revelación que la razón debe empeñarse en descubrir porque difiere de la manifestación del mundo y sus anuncios de muerte.

⁵ Heidegger Martín, *De camino al habla, La Esencia del habla*, ODÓS, Barcelona, 1990, p.143